

*ministerium tuum imple.* Y la expresion *sobrius esto* que añade, se entiende de la templanza en el alimento y no de la sobriedad en el ejercicio del ministerio pastoral. ¡Dichoso el pastor que se ocupa en vigilar y apacentar su rebaño! En verdad os digo que el gran señor le pondrá sobre todos sus bienes (1) y que el príncipe de los pastores le ceñirá por su mano una corona inmarcesible (2).

N.º 15.

Repetición de las mismas verdades.

Un día se criticaba delante de nuestro santo á un predicador célebre, y la tacha que se le ponía, era porque repetía á menudo las mismas verdades: sus censores decían que este modo de predicar era mazorral y fastidioso. En eso, respondió el santo, es en lo que me parece loable, porque observa exactamente el precepto de S. Pablo: *insta opportunè, importunè.* Importa muy poco que se ofendan los oídos de las personas delicadas, con tal que se mueva el corazón de los oyentes: es preciso hablar al corazón de Jerusalem y reducir á su deber los prevaricadores si se puede. Y ¿qué medio de traerlos á su deber si no se remachan con frecuencia las mismas verdades para grabarlas en sus duras cabezas y en sus corazones de piedra é incircuncisos? Nunca se ha de cansar uno de inculcar á los pueblos las doctrinas que pueden guiarlos á la salvación.

(2) *Beatus ille servus quem cum venerit dominus ejus, invenerit sic facientem. Amen dico vobis quoniam super omnia bona sua constituet eum* (S. Mat. XXIV, 46).

(1) *Cum apparuerit princeps pastorum, percipietis inmarcesibilem gloriæ coronam* (I Epist. Petr. V, 4).

¿Cómo predicaba Jonas si no diciendo y repitiendo sin cesar: *Cuarenta días mas, y Ninive será destruida* (1)? Las palabras de salvación son buenas, aunque se repitiesen diez veces. Los médicos no cesan de recetar las mismas medicinas hasta que venzan la enfermedad. Es preciso despreciar los juicios de los entendimientos limitados, que no miran las cosas mas que superficialmente. ¿Qué importa su desprecio ó estimación, con tal que sea anunciado Jesucristo y edificadas las buenas almas (2)?

Se han de decir pocas cosas, pero buenas, é inculcarlas cuidadosamente sin curarse de esas almas estragadas que se incomodan cuando un predicador repite y remacha lo mismo. Para hacer la herradura de un caballo ¡cuánto hay que machacarla y volverla á machacar! Para hacer una pintura ¡cuántas veces hay que pasar y repasar el pincel! Pues ¡cuánto mas para grabar estas verdades eternas en unos corazones donde se ha arraigado el mal, y en unos cerebros duros!

N.º 16.

De las controversias.

El juicio de nuestro santo sobre esta materia es indudablemente de mucho peso, porque Dios se valió de él para convertir un número asombroso de herejes.

Su dictamen era que en los sermones no habian de tratarse las materias de controversia directamente y por forma de disputa. Nunca me ha salido bien este

En los sermones no se ha de tratar directamente la controversia.

(1) *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur* (Jon. III, 4).

(2) *Quid enim? Dum Christus annuntietur, in hoc gaudeo* (Ep. ad philip. I, 18).

método, decia, y lo mismo he observado de mis compañeros para la conversion del Chablais. Los sermones en que se combate de frente la doctrina de nuestros hermanos disidentes, los enfurecen en vez de amarlos. Cuando ven que se los acomete, se ponen en defensa, y cuando se les arrima demasiado la luz á los ojos, se resisten á ella: desconfian de los discursos en que aquel que hace la objecion da tambien la respuesta, y el predicador dice lo que quiere sin que nadie le haga cara.

Utilidad de los sermones de moral aun para convertir á los herejes.

Por mi parte juzgó que esto es lo que llama S. Pablo azotar el aire (1): me parece que la cátedra evangélica se hizo para edificar el edificio de salud, persuadiendo las buenas costumbres y no disputando y altercando. Los sermones de moral acompañados y animados de afectos de devocion me parecen mucho mas propios para la conversion no solamente de los pecadores, sino hasta de los herejes, que todas las agudezas y desabrimiento de la controversia: las moscas no se cazan con vinagre, sino con miel.

En los treinta y tres años que há que me llamó Dios al ministerio sagrado de partir el pan de su palabra, he observado que los sermones de moral tratados con piedad y zelo son otros tantos carbones encendidos que se arrojan al rostro de los protestantes cuando concurren: que los toman en buena parte, quedan edificados y se vuelven mas dóciles y tratables cuando se llega á ilustrar en conferencia los puntos en que difieren de nosotros. No es este dictamen mio solo, sino de los predicadores mas célebres que he conocido, y convienen en que el púlpito no es el campo de batalla de la controversia, y que mas se destruye que se edifica si se quie-

(1) *Curro non quasi in incertum: pugno non quasi acrem verberans* (Ep. ad cor. IX, 26).

ren tratar en él las disputas de religion como no sea de paso.

Pero se dirá: si se destruyen las objeciones de los adversarios en presencia de los católicos, es por afirmar á estos en su creencia. La experiencia da á conocer la poca eficacia de esta razon especiosa, porque ademas de las muchas y espinosas dificultades que se encuentran en estas fatales disputas, el espíritu humano por la corrupcion de la naturaleza tiene tanta propension al mal, que se fija mas bien en la objecion que en la solucion de ella, y asi toma la serpiente por el pan.

Peligro de los sermones de controversia aun para los católicos.

El método de nuestro santo asi en sus sermones como en sus conferencias particulares con los protestantes era explicar las verdades simples y desnudas de la fé con la claridad y facilidad naturales en él, diciendo que la verdad con su ingenua sencillez tenia gracias y atractivos capaces de captarse el amor de las almas mas rebeldes.

Esta conducta le salia tan bien, que con tal que pudiese conseguir una audiencia tranquila y pacífica de un protestante, no solo le dejaba caer las armas de la mano, y le quitaba las objeciones antes que las hiciese, sino que si no le ganaba en el acto, le heria á lo menos tan profundamente, que bien pronto volvía el hereje á buscar el remedio y la curacion de la mano que le habia herido con tanto acierto.

Gustaba mucho de tener estas conferencias pacíficas y amistosas con ellos, y por este medio redujo tantas almas al seno de la iglesia. Veamos la conducta que observaba de ordinario en estas conversaciones con los herejes. Dejalos hablar de su religion con mucha paciencia sin manifestar ningun fastidio ni desprecio de las necedades y ridiculeces que solian salir de boca de ellos: asi los disponia á oírle, aunque fuese por breve rato. Cuando se le daba espacio para hablar, se guar-

Conducta del santo en las conferencias con los herejes.

Les exponia con sencillez la doctrina católica. daba muy bien de perder un tiempo cuyos instantes le eran preciosos, en refutar sus objeciones, sino que fijandose en el asunto que el hereje habia tratado en algun otro artículo de nuestra fé que reputaba mas importante, exponia breve, clara y muy sencillamente lo que la iglesia católica enseñaba, sin ninguna expresion que oliese á controversia, y de la misma manera que se trata de los artículos de fé en las catequesis.

Sufria con paciencia sus malos modales. Sufria con paciencia sus malos modales. burlas, desprecios é interrupciones de aquellas pobres gentes, y sin alterarse continuaba su plática cuando le daban tiempo.

No puede V. creer, me decia, cuán bellas son las verdades de nuestra santa fé cuando se consideran con espíritu de tranquilidad: nosotros las sofocamos á fuerza de revestirlas, y las ocultamos por querer hacerlas demasiado visibles: proponerlas simplemente es un medio excelente para persuadir las, con tal que los oyentes no se resistan al Espíritu Santo: todas las pruebas exteriores son flacas si el Espíritu Santo no alumbra los ojos del alma con su luz sobrenatural, y se sofoca la accion interior del Espíritu Santo amontonando argumentos apoyados en la razon.

Uno de sus mayores males (los de los herejes) es que sus ministros les desfiguran nuestra creencia y se la pintan diversa de como es. Por ejemplo dicen que no hacemos caso de la sagrada escritura, que adoramos las imágenes, que privamos al pueblo de la participacion de la sangre de Jesucristo, y otras mil calumnias semejantes que hacen nuestra religion aborrecible á estos pueblos mal informados.

En cuanto les damos á conocer la rectitud de nuestra creencia sobre todos estos artículos, se les caen las escamas de los ojos, y ven que sus predicadores les han ocultado la verdad, y han sustituido las tinieblas á la luz.

Ordinariamente empiezan meneando la cabeza y burlandose de nosotros, porque estan habituados á despreciar nuestros dogmas, y á veces tambien porque se persuaden que queremos desfigurarles nuestra verdadera creencia; pero cuando se retiran y tienen tiempo de reflexionar sobre lo que les hemos dicho, los atormenta el deseo de aclarar las cosas é instruirse mas á fondo: vuelven á pedirnos nuevas luces, y al cabo vienen á convencerse de la verdad. Poco á poco caen los unos á la derecha, los otros á la izquierda, y el Espíritu Santo los trae asi á la verdadera iglesia.

El santo me alegaba infinitos ejemplos de conversiones ocurridas asi en sus manos durante los cinco años que trabajó en el Chablais. Decia que por el contrario las disputas en materia de religion no obraban conversiones, ni producian otro efecto que ostentar la ciencia ó la habilidad de los disputantes. Si se empieza, decia, por el intento de sostener la religion, se entra al tercer argumento en deseos de mantener su fama, y se quiere á toda costa defender su opinion y hacerla prevalecer sobre la de su adversario: no se busca ya á Dios, sino á sí mismo, porque el guardar moderacion en la disputa es una cosa mas de apetecer que de esperar. El espíritu tempestuoso y borrascoso, como es el de la disputa, no es á propósito para conducir al puerto de la verdad. Dios habita en la paz, y quiere que nosotros obremos unos con otros en espíritu de paz y tranquilidad.

No quiere decir esto que no hayan de sostenerse las verdades católicas y refutarse los errores, porque las armas de la milicia espiritual y de la palabra de Dios son poderosas para destruir la falsedad que se levanta contra la verdad y vencer la desobediencia (1); pero es

No le gustaban las disputas en materia de religion.

Quería que se defendiesen las verdades católicas con zelo;

(1) *Arma militiæ nostræ sunt potentia ad destructio-*

pero sin disputa.

menester guardarse muy bien de usarlas como los guerreros, que con sable en mano descargan á derecha é izquierda: al contrario es preciso manejarlas con suma destreza como los cirujanos que usan las lancetas y otros instrumentos de su arte con toda la habilidad posible para que los enfermos sufran lo menos que puedan.

Secreto admirable para refutar las objeciones de los herejes sin disputa y sin que ellos sospechen que se quiere controvertir.

Pues ¿de qué secreto se ha de usar para manejar diestramente las materias controvertidas, ya predicando, ya conversando familiarmente con los protestantes? Vease aquí uno que encierra muchas ventajas: 1.º esconde la lanceta en el algodón, y mientras se aparenta frotar el absceso con aceite, no hay mas que apretar encima y se le revienta: 2.º quita el tedio y la impertinencia que de ordinario llevan consigo los discursos espinosos de las disputas: 3.º sorprende satisfactoriamente á los que le escuchan, y los hace admitir la verdad, no solo sin dificultad, sino con deleite: 4.º es simple, y sin embargo en su simplicidad contiene una energía maravillosa convirtiendo las armas ofensivas en defensivas y sacando pruebas para la defensa de la verdad de las objeciones mismas que hacen los herejes.

Practicase de esta manera. Siendo conformes con las verdades que la iglesia enseña, las respuestas de los católicos á las objeciones que sacan los protestantes de las escrituras, no hay mas que echar la solución la primera, y explicada bien esta por vía de raciocinio, sin que aparezca que es respuesta á una objeción, viene despues el pasaje objetado á hacer la prueba de la verdad sentada. Vease aquí un ejemplo que pondrá la cosa en evidencia.

*nem munitionum, consilia destruentes et omnem altitudinem extollentem se adversus scientiam Dei (II ep. ad cor. X, 4).*

Los protestantes objetan comunmente este pasaje contra la presencia real: *El espíritu es el que vivifica: la carne no sirve de nada*; á lo cual damos nosotros dos respuestas, una de S. Juan Crisóstomo y otra de San Agustín. La primera es que la carne sola sin el espíritu, es decir, sin la divinidad no aprovecharia: la otra que la inteligencia carnal, grosera y tal como la de los cafarnaitas, que creían que Jesucristo cortaria su carne en pedazos para dársela á comer, no sirve de nada para comprender las intenciones del Salvador.

Para poner por obra este arbitrio no hay mas que pintar la flaqueza de la carne sola sin su union, es decir, sin la union con la divinidad, y demostrar que esta es la que da á la humanidad el poder de influir en sus miembros que son los fieles, y derramar en ellos la gracia que se le comunica en calidad de cabeza: así este espíritu de la divinidad es el que vivifica la sagrada carne de Jesucristo y las almas que por su comunión se hacen participantes de él.

Segun el segundo sentido no hay mas que pintar cuán grosera era y cuán indigna de la magestad de este misterio la opinión de los cafarnaitas, y cuánto se aparta de esta la creencia católica.

Despues de exponer bien la doctrina católica sobre ambos puntos se prueba que esta doctrina es verdadera alegando en confirmación la expresión del Salvador: *La carne no sirve de nada*. Así se halla que esta expresión en vez de ser una objeción contra la doctrina católica la confirma, y que se ha reducido suavemente á los protestantes á oír estas palabras en su sentido verdadero en vez del falso que quieren darle sus ministros para convertirla en arma contra la iglesia romana.

(1) *Spiritus est qui vivificat: caro non prodest quidquam (Joan. VI, 64).*

S. Francisco de Sales (añade el obispo de Belley) me dijo que habia empleado muchísimo tiempo este método, y que encubria en tal forma las controversias, que aunque no se predicara otra cosa era difícil que lo notasen los oyentes cuando no se les advertia.

Predicó un adviento y una cuaresma en Grenoble donde hay muchos protestantes, los cuales eran mas asistentes á los sermones de aquel que á los de sus propios ministros, porque decian que no tenia el espíritu de disputa que estos; no obstante siempre empleaba la primera parte de sus sermones en exponer las verdades de la doctrina católica; pero del modo que acabo de decir, destinando la segunda parte á la moral y la piedad. Los protestantes no echando de ver su destreza y método estaban en un asombro continuo al ver que probaba los artículos de fé de la iglesia romana con los mismos pasajes de la Escritura, de que intentaban valerse sus ministros para hacer sus principales objeciones.

LIBRO SEGUNDO.



DOCTRINA

DE

LA COMPAÑIA DE JESUS

SOBRE LA PREDICACION.

Habiendose instituido la compañía de Jesus para proporcionar la mayor gloria de Dios, *ad majorem Dei gloriam*, quiso su fundador que se consagrara á la santificacion de las almas. Asi dispuso que los jesuitas anunciassen la divina palabra con gran zelo, y mirassen la predicacion y la explicacion de la doctrina como dos medios que debian emplear incesantemente para hacer reinar á Jesucristo en los corazones (1). Hé aqui cómo expone el elocuente apologista de los jesuitas los designios de S. Ignacio sobre este objeto.

Bosquejo de la doctrina de la compañía de Jesus sobre la predicacion por el autor de la apologia del instituto de los jesuitas.

La predicacion, dice el santo fundador de la compañía de Jesus, es un medio todavía mas util que la

(1) *Proponatur verbum Dei populo assidue in ecclesia, in concionibus, in lectionibus et in christianá doctrinâ per eos quos superior probaverit, et ad tale munus destinaverit, et quidem iis temporibus et modo qui eidem ad majorem Dei gloriam et animarum edificationem expedire videbitur* (Const. part. 7, c. 4).